

Encuentro Nacional de Agentes de Pastoral Familiar 2020

Conferencia del Episcopado Mexicano

22 de noviembre de 2020

Video-Conferencia

Dra. Gabriella Gambino

Subsecretario del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Excelencias Reverendísimas:

Reverendos Padres:

Estimados religiosos y religiosas:

Queridos matrimonios y laicos:

A todos ustedes, que participan en el Encuentro Nacional de Agentes de Pastoral Familiar, un cordial saludo:

Ante todo, deseo expresar, en nombre del Dicasterio, nuestra particular cercanía a las personas que en estos días resultaron duramente afectadas por el huracán Eta en el sur de México. Es nuestro sincero deseo que puedan recibir prontamente la ayuda material y espiritual que tanto necesitan.

Agradezco esta oportunidad de poder compartir con ustedes algunas reflexiones que, así espero, nos ayudarán a comprender cuál es la actitud básica que podemos adoptar al abordar las necesidades pastorales que la experiencia de la pandemia está sacando a la luz.

En esta difícil situación, los agentes de pastoral familiar, así como los movimientos laicales con carisma familiar, estamos llamados a abrazar a las familias en sus dificultades y alentarlas en la esperanza. Estamos juntos “en la misma barca”, todos estamos llamados a remar juntos, todos estamos necesitados de confortarnos mutuamente,¹ para poder superar así estos momentos de especial fatiga e incertidumbre.

Ciertamente, la dificultad que todos estamos experimentando en estos meses es causada por condiciones de salud, económicas, sociales y personales que, a veces, son realmente serias y preocupantes. Y si las instituciones civiles están llamadas a buscar soluciones de gran alcance capaces de apoyar a las categorías más frágiles y necesitadas de cada país, la Iglesia puede tomar parte diligentemente no solo en relación con las

¹ Cf. FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempo de pandemia*, 27 de marzo de 2020.

necesidades más visibles de las personas, donde permanecen insatisfechas para sobrevivir, como son la alimentación, la salud, el trabajo, sino sobre todo en relación con las necesidades más ocultas de las familias, es decir, la necesidad de auténticas relaciones humanas, de serenidad interior, de condiciones que les ayuden a tomar buenas decisiones para su futuro y su vida. Estas necesidades están hoy sofocadas por el miedo, la falta de confianza, la desorientación cultural y material y la soledad.

Desde el punto de vista pastoral, al igual que en Europa y en todo el mundo, muchas iniciativas bien pensadas y organizadas para las familias se han cancelado continuamente y se han aplazado a un futuro incierto. Son esfuerzos y energías que parecen desaparecer en un instante. Sin embargo, incluso ante la evidencia de una realidad que parece hacer añicos años de compromiso y reflexión pastoral, con la que todos hemos tratado de apoyar el ideal del matrimonio y la familia en una sociedad cada vez más secularizada y mundana, hay una luz en el túnel que el Papa Francisco nos señaló en el ya muy citado discurso en la Plaza de San Pedro, del 27 de marzo de 2020: La conciencia de que las adversidades de la vida no son sólo dificultades, sino circunstancias que nos obligan a repensar la categoría del tiempo y sus contenidos, ya no según nuestras ideas, sino según el Espíritu. Estábamos acostumbrados a vivir en una realidad opaca, muy opaca a la presencia de Dios en nuestras vidas, en nuestros proyectos, en nuestras ideas. Ahora, en cambio, ha llegado el momento “de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es”.² Ahora es el tiempo según el plan de la Salvación, que el Señor ha preparado para cada hombre; es el juicio que se nos pide que expresemos a la luz del Espíritu, y que solo podemos sentir si reiniciamos y reajustamos nuestro rumbo hacia Cristo y hacia los demás. “Conviértanse a mí de todo corazón”,³ dice el Señor, pidiéndonos que tomemos este tiempo de prueba como un tiempo de elección.

“La tormenta - dice el Papa Francisco - desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad”.⁴ Les invito a escuchar estas palabras como un dulce y afectuoso llamamiento paternal a dirigir nuestros ojos y nuestros corazones al único alimento, Cristo, del que la Iglesia se debe alimentar para saber cómo alimentar a su pueblo. El hambre de las familias hoy en día es verdaderamente un hambre espiritual de Cristo, una necesidad de confianza, de consuelo, de capacidad de sentirse

² *Ibíd.*

³ *Jl 2,12.*

⁴ FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempo de pandemia*, 27 de marzo de 2020.

amadas y acogidas con sus propios defectos y fragilidades. Y es, sobre todo, la necesidad de no sentirse solo. Un hambre que a menudo no se satisface.

En general, la experiencia de la pandemia ha dejado clara la grandeza de la familia, de sus valores y experiencias que humanizan, que hablan de ternura, compasión y protección. La vida familiar es como “un gran salvavidas” en medio de la tempestad. Pero también es cierto que el matrimonio y la familia se han enfrentado a inmensos desafíos materiales y culturales en todo el mundo durante décadas: El matrimonio, debilitado por las instituciones del derecho civil que lo han trivializado y equiparado a otras formas de unión, lucha por presentar su rostro como una auténtica vocación y sacramento para los jóvenes fieles laicos; también la apertura a la vida y la generación de los niños están tomando formas confusas, como si no pudiéramos abandonarnos con confianza a la idea de que la vida es verdaderamente siempre un don, único, irrepetible, una cuestión de Dios, que nos pide que cuidemos de un niño concebido, de un querido enfermo o de un anciano solitario.

Qué importante es, ante estos desafíos, que tienen mil implicaciones y consecuencias para la vida de las personas y las familias, repensar la preparación al matrimonio de los jóvenes comprometidos, que a menudo ya no son tan jóvenes, la pastoral infantil y la pastoral de los ancianos, que en muchos contextos luchan por emerger, el acompañamiento de los cónyuges, tan cansador y a menudo tan descuidado, las dificultades casi insuperables de acompañar a las familias en la educación de los hijos, o de las parejas en una nueva unión tras un abandono o un divorcio, pero que desean ser acompañadas en la Iglesia. ¡Cuánto trabajo queda por hacer! Los acontecimientos de la pandemia nos piden que nos detengamos, pero con confianza podemos leer en este revés una oportunidad para profundizar, para descubrir que nuestros proyectos no siempre son los proyectos del Señor y que necesitamos alimentarnos mucho más de Cristo para entender cómo ser una Iglesia que trata de caminar con las familias, en lugar de mirarlas desde fuera como un espectador, que interviene con costuras y parches cuando las cosas van mal. Es hora de escuchar, de entender cuáles son las verdaderas necesidades, las que parten de la realidad familiar. Debemos partir de la vida real, no de principios abstractos, teniendo en Cristo nuestro pan, el verdadero alimento con el que alimentar a las familias y aprender a observarlas como testigos de su belleza natural: la de ser iconos del amor de Dios.⁵ Con el matrimonio, el Señor da a los cónyuges un “gran don”: permanece con ellos y les da el Espíritu, que concretamente les hace capaces de vivir la vocación familiar -a pesar de la fragilidad humana- impregnando toda su vida de fe, esperanza y caridad, transformando a la pareja desde dentro, haciéndose presente en la vida cotidiana. En resumen, los esposos gozan de un encuentro permanente con Cristo,⁶ de la fidelidad de

⁵ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 2.

⁶ Cf. PABLO VI, Constitución apostólica *Gaudium et spes*, n. 48.

Dios a ellos y a su amor. Su presencia continúa actuando incluso cuando las dificultades se vuelven insoportables. Frente a este gran regalo solo podemos empezar a asombrarnos de nuevo, incluso como agentes de la pastoral familiar, agradecidos a Dios, porque “cada familia, a pesar de su debilidad, puede llegar a ser una luz en la oscuridad del mundo”.⁷

Es desde aquí, entonces, que podemos comenzar un discernimiento eclesial: desde la conciencia de que las familias cristianas, por una gracia propia, construyen el Cuerpo de Cristo y son Iglesia doméstica. ¡Son la Iglesia! Por eso la Iglesia necesita observar y escuchar a las familias para entenderse a sí misma y sus necesidades. Esas son las familias que sufren hoy, pero que son las que dan vida y vocación a las generaciones futuras. La Iglesia, de hecho, no crece por proselitismo, sino que crece “por atracción”.⁸ “Si damos a los hombres solo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco”.⁹ Cristo no se limitó a mostrarnos un camino, que cada uno recorre a su manera, para soportar y superar las dificultades terrenas ligadas a nuestro estar en el mundo y en relación con los demás. Es más, Él se hizo el camino,¹⁰ atrayéndonos a Él, y este camino pasa también por la familia.

Convertir a las familias en protagonistas y participantes activos de la pastoral familiar es una forma necesaria de devolverles la conciencia de ser testigos de la presencia de Dios en el mundo, de devolverles el entusiasmo y la alegría de una belleza que el mundo tanto necesita. E incluso cuando la familia está herida y afligida por las pruebas, el apoyo de otras familias puede convertirse en un camino de salvación.

La perspectiva eclesiológica del Concilio Vaticano II había resaltado la naturaleza de la Iglesia como el Pueblo de Dios en camino y como una realidad sinfónica, donde cada estado de vida tiene una misión de acuerdo a su propia gracia. El matrimonio, en particular, como el sacramento del orden, tiene “un propósito directo de construir y expandir el Pueblo de Dios”.¹¹

El vínculo que une a los cónyuges es, de hecho, su primer acto misionero, y sobre la base de este vínculo los cónyuges son elegidos y enviados para ser una sola carne en Cristo y consagrados a la misión. Es el sacramento el que les da su valor eclesial y su ser misioneros.

El matrimonio, de hecho, está llamado por su propia naturaleza a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia como “sacramento de salvación”.¹² Su identidad

⁷ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n. 66.

⁸ Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Explanada del Santuario de Aparecida*, 13 de mayo de 2007.

⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Explanada de la Nueva Feria de Múnich*, 10 de septiembre de 2006.

¹⁰ Cf. *Jn* 14,6.

¹¹ Conferencia Episcopal Italiana, *Evangelizzazione e Sacramento del Matrimonio*, n. 32.

¹² PABLO VI, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 1.

no es sólo la de un matrimonio bendecido y llamado a la santidad, sino que es eclesial. Es un ministerio eclesial.

Sin embargo, para nosotros los matrimonios, la misión del anuncio no se cumple por casualidad. Debemos *desear transmitir el gran regalo recibido*, desear ser testigos de la belleza del amor celebrado.

Nadie puede amar excepto lo que es hermoso.¹³ Por eso el cuidado pastoral necesita testigos creíbles y reales, y por este mismo motivo, el tema del próximo Encuentro Mundial de las Familias, convocado por el Santo Padre en Roma en 2022, es “El amor familiar: vocación y camino de santidad”, precisamente para subrayar la belleza del amor familiar y compartir el significado salvífico de las relaciones familiares en la vida cotidiana. Incluso de aquéllas más complicadas y difíciles.

Como punto de partida es, por ello, importante tener en cuenta que el primer agente de la pastoral es la familia misma.¹⁴ No como un sujeto abstracto, sino la familia en su conjunto, como un lugar concreto de relaciones, de las que ninguno de nosotros puede prescindir. Esto significa pensar en una pastoral en la que los individuos no sean individuos aislados, sino cónyuges, padres, madres, hijos, que necesitan que se valore su vocación familiar y que puedan participar junto con sus seres queridos, para convertirse, siempre que sea posible, en protagonistas activos de la pastoral. Esta actitud hoy en día, en un contexto que dificulta el diálogo en la familia y el compartir, es importante porque une a los cónyuges, les permite compartir una experiencia eclesial común y compartirla con sus hijos. Organizar una sencilla adoración eucarística o una adoración eucarística para los cónyuges tiene un efecto completamente diferente en la vida de la pareja y puede tener efectos extraordinarios para la familia. El ministerio pastoral debe, por lo tanto, poner su atención en toda la familia y, cuando piensa en los cónyuges, debe pensar creativamente en sus hijos y los abuelos. Esto es esencial para implicar a la familia como una familia en la pastoral familiar y no como una realidad fragmentada de individuos, a los que a veces pedimos un compromiso eclesial como si no pertenecieran a una realidad de comunión.

El esfuerzo evangelizador dentro de la familia¹⁵ como Iglesia doméstica es lo que la hace capaz de “salir”, llevándola a vivir una experiencia de “amor misionero”, que sostenga a las demás familias que van avanzando con mayor dificultad, especialmente aquellas familias que, por falta de ayuda, de fe y esperanza, se encuentran viviendo momentos de dolor y extravío. La salida misionera es el paradigma de toda obra pastoral de la Iglesia.

¹³ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, Libro X, cap. I.

¹⁴ Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n. 200.

¹⁵ *Ibíd.*

Y así, como agentes de la pastoral, no solo no nos desanimamos, sino que descubrimos juntos que el Señor, en este momento tan complejo, y después de años de planificación pastoral, nos pide que miremos al cielo¹⁶ para responder a la pregunta que Cristo hizo a Simón Pedro cuando le dijo que apacentara sus ovejas: “Simón, hijo de Juan ¿me amas?”.¹⁷ ¿Trabajamos por amor, porque estamos enamorados de Cristo, o por nuestros planes e ideas? Porque solo si dejamos espacio para el Espíritu, Cristo puede apoyarse en nosotros para construir su Iglesia.¹⁸ Creo que hay dos tipos de tristeza y desánimo: la tristeza según el mundo, que encierra al hombre en sí mismo y lo paraliza, y la tristeza según Dios, que lleva a la conversión.

La desorientación que estamos experimentando en estos meses, incluso con respecto a nuestros proyectos pastorales, solo puede ser un factor positivo de purificación, que puede llevarnos a un sano discernimiento de lo que es artefacto, de lo que no es útil o no tiene nada que ver con Cristo. Hacer el mundo transparente en presencia del Espíritu es la misión de los cristianos y nos sirve para un adecuado discernimiento. Tenemos la oportunidad de escuchar el susurro de la voz de Dios, que habla dentro de las cosas y las dificultades.

Por supuesto, que no es fácil, pero usando una imagen muy querida por el Padre Marko I. Rupnik,¹⁹ debemos tratar de usar los gemelos internos de nuestros sentidos externos para hacer un verdadero discernimiento: escuchar a las familias con nuestros oídos externos significa tratar de escucharlas también con nuestros oídos internos, que saben cómo captar el verdadero sufrimiento y la auténtica necesidad detrás de un simple lamento. Al igual que mirarlos con nuestros ojos externos, significa mirarlos con los ojos del corazón. Esto haría que nuestra creatividad misionera fuera mucho más efectiva, evitando y dejando de lado objetivos pastorales obsoletos e identificando otros nuevos, en un espíritu de comunión eclesial. Son los mismos sentidos que nos permiten revivir el sufrimiento de la Cruz durante la Pasión de Cristo, pero al mismo tiempo saborear en ella el mayor regalo de amor que la humanidad ha recibido. Hay una imagen muy hermosa que refleja esta idea, la del carbón y el diamante: Son dos realidades químicamente idénticas, pero que son tan diferentes debido a su estructura molecular - una que sofoca la luz, la otra que la refleja. Podemos ser como los diamantes que, junto a las familias, reflejan y realzan su presencia en el mundo.

He aquí, pues, la importancia de activar una sinergia de dones, proyectos, vocaciones, implicando a las familias que pueden hacer un regalo de sí mismas para las demás, ayudándose mutuamente: familias que están al lado de otras familias, compartiendo desafíos, problemas, oportunidades y alegrías. La familia debe ser,

¹⁶ Cf. Tomás DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, cap. XLVII.

¹⁷ *Jn* 21,15-16.

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 8.

¹⁹ Cf. Marko Ivan RUPNIK, SJ, *L'arte della vita. Il quotidiano nella bellezza*, Lipa, Roma 2011.

orgánica y sistemáticamente, activa y responsable del ministerio pastoral, “sacramento en misión”.

Pero también necesitamos obispos y sacerdotes que tengan el deseo y el valor de “alimentarse” de familias. Que sepan escuchar, preguntar, dedicarse a las relaciones humanas y a la amistad, tal como lo hizo Jesús. Porque las familias son un regalo también para los Pastores, quienes, mirando el misterio nupcial que encarnan, pueden comprender plenamente el significado de su vocación sacerdotal. Así, el cuerpo eclesial se construye a partir del sacramento nupcial en una relación de complementariedad con otras vocaciones.

Es esta la *conversión misionera concreta* de la que nos habla *Amoris laetitia*.²⁰ Como manifestó el Santo Padre Francisco: “Los esposos [...] representan, a su vez, una preciosa ayuda pastoral para la Iglesia. De hecho, ofrecen a todos un ejemplo de amor verdadero y se convierten en testigos y cooperadores de la fecundidad de la Iglesia misma. [Ellos] son un sermón silencioso para todos”.²¹ Por ello, es necesaria una colaboración y una corresponsabilidad entre los estados de vida, una comunión eclesial auténtica, puesto que los esposos y Pastores están llamados a hacer *juntos la Iglesia*.

Solo así, las pequeñas Iglesias domésticas pueden hacer grande a la Iglesia.

Así pues, levantémonos, vayamos con esa alegría y esa paz que son fruto de la fe. Dios no nos impone cargas que no podemos llevar. Cuando Él las pide, ofrece también la ayuda necesaria. Como escribe san Agustín, cuando Dios te pide más, no manda cosas imposibles, pero te exhorta a hacer lo que puedes hacer, a pedir lo que no puedes, y te ayudará a que tú puedas.²² Por lo tanto, sigamos confiando en Cristo, Él nos acompañará en el camino. Sigamos actuando como si todo dependiera de nosotros, pero sabiendo que todo dependerá de Él.

Invitemos a Jesús a las barcas de nuestras vidas, a nuestros proyectos pastorales, a nuestras reflexiones con las familias.

Dejemos que esa pequeña llama, que cada uno de nosotros todavía siente en su corazón, incluso en estos tiempos difíciles, que es una llama de confianza en Jesús, de amor que solo desea abandonarse y creer, vuelva a encenderse y encienda a los que están a nuestro lado. Unamos estas llamas en una auténtica y profunda comunión eclesial para que nuestras comunidades, al mirar en la misma dirección, actúen con un espíritu de auténtica corresponsabilidad y servicio, sintiéndonos todos pequeños instrumentos de amor a las familias y con las familias.

²⁰ Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n. 201.

²¹ FRANCISCO, *Discurso al tribunal de la Rota Romana*, 29 de enero de 2019.

²² Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De natura et gratia*, 43, 50.